

Violencia y acceso al poder en América Latina: Uruguay y El Salvador

Violence and access to power in Latin America: Uruguay and El Salvador

Eduardo Rey Tristán

Profesor contratado Doctor, Universidad de Santiago de Compostela. eduardo.rey@usc.es

Alberto Martín Álvarez

Profesor-investigador Titular, Instituto Mora (México). amartin@institutomora.edu.mx

Resumen: El artículo reflexiona acerca del papel de la violencia como estrategia fundamental de acceso al poder por parte de la izquierda latinoamericana tras el triunfo de la Revolución Cubana (1959) y la difusión de ciertas lecturas políticas, sociales y de acción emanadas de este proceso revolucionario, de alto poder movilizador y cuya clave dominante fue la violencia. Los casos de estudio centrales son Uruguay y El Salvador (entre 1959 y 1996), de interés por sus diferencias dentro de la oleada revolucionaria de la «nueva izquierda» latinoamericana, por el grado de desafío de su movilización y por su inserción posterior en el sistema político. Para cada uno se analizan las justificaciones del recurso a la violencia, su comprensión y el tipo de repertorios utilizados. El artículo concluye con una reflexión sobre el fin de aquellas experiencias, el abandono de la violencia y sus logros y limitaciones.

Palabras clave: violencia revolucionaria, MLN-T, FMLN, Uruguay, El Salvador, América Latina

Abstract: This article reflects on the role of violence as a key strategy used by the Latin American left wing to access power since the victory of the Cuban Revolution (1959). It also looks at the spread of certain readings of this revolutionary process – political, social and of the actions themselves – that have great mobilising power and whose key element is violence. The case studies are Uruguay and El Salvador (from 1959 to 1996), which are of interest due to their differences within the revolutionary wave of Latin's America's "new left", the challenging degree of their mobilisation, and their subsequent incorporation into the political system. For each, the justifications for resorting to violence are analysed, along with their interpretation and the repertoire of tactics used. It concludes with a reflection on the end of these experiences, the abandonment of violence and their achievements and limitations.

Key words: revolutionary violence, MLN-T, FMLN, Uruguay, El Salvador, Latin America

El 1 de enero de 1959, tras poco más de dos años de lucha clandestina en las ciudades e insurgente en las montañas, triunfa el proceso revolucionario cubano. Su impacto en América Latina fue tal, tanto en el plano político como en el ideológico y el cultural, que a partir de ese momento y hasta 1996 (fecha de los acuerdos de paz en Guatemala) asistimos a una oleada de movilización política en la región en la que la violencia fue la protagonista. El influjo del triunfo castrista movilizó nuevos adherentes a la causa revolucionaria, transformó el concepto de revolución y el modo mediante el cual llevarla a cabo, y redefinió organizativamente a la izquierda del continente. Desde entonces y hasta el final del ciclo, en todo momento y en todos los países de la región, con mayor o menor intensidad y resultados divergentes, existió algún movimiento político que recurrió a la violencia como clave de su repertorio de actividad. Simultáneamente, muchos militantes, a partir de las mismas ideas emanadas de la Revolución Cubana primero, y alimentadas por otros procesos radicales después, entendieron que la violencia era el recurso fundamental y casi único para lograr sus objetivos. El debate pasó entonces a centrarse en las tácticas a seguir y, a medida que las primeras formulaciones iban fracasando, en cómo readaptarlas para lograr dichos objetivos.

De todas las organizaciones y luchas revolucionarias que se dieron en América Latina entre 1959 y 1996, solo una tuvo éxito en términos de consecución del poder político: la del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua en 1979. Las preguntas, por lo tanto, son: ¿por qué tantos militantes en momentos y lugares tan diversos consideraron la violencia como el recurso central de su acción política?, y ¿por qué tras los primeros fracasos, en los años sesenta, de movimientos que seguían el modelo de acción propuesto por la Revolución Cubana (el foco preconizado por Ernesto *Che* Guevara), no decayeron el uso de la violencia y las organizaciones proponentes, sino que se buscaron otras fórmulas que incluso incrementaron su presencia en la región? Nuestro interés principal en este artículo reside en el análisis del surgimiento, el desarrollo y la desaparición de las oleadas de violencia política (Rapoport, 2004) en América Latina, en este caso, y desde una perspectiva histórica. Los casos objeto de estudio son Uruguay y El Salvador, de especial interés por sus diferencias dentro de la oleada revolucionaria de la «nueva izquierda», por el grado de desafío de su movilización y por su inserción posterior en el sistema político (exitosa y casi única en la región).

Se trata de dos ejemplos de latitudes y realidades socioeconómicas y políticas muy diferentes. Por un lado, Uruguay, un país del Cono Sur, altamente urbanizado, con una estructura social dominada por las clases medias urbanas, con los mayores índices de desarrollo de la región, una larga estabilidad política y democrática, y hasta principios de los años sesenta un país próspero económicamente.

Por el otro, El Salvador, un país centroamericano de economía agroexportadora; con una grave polarización social entre un pequeño sector dominante y propietario frente a grandes masas campesinas pobres y con una clase media urbana muy reducida; con bajos índices de desarrollo, y dominado por regímenes políticos excluyentes. En el primero, la movilización fue urbana y tuvo lugar entre 1966 y 1972, se siguieron los postulados cubanos en muchos aspectos y la experiencia concluyó con una grave derrota y la posterior regresión política del país; el fin de la dictadura militar dio paso a una nueva etapa democrática en la que la otrora guerrilla se insertó en el sistema con un rotundo éxito 24 años después. En el segundo, la movilización tuvo lugar desde 1970 hasta 1992, fue urbana primero y sobre todo rural después, y se alejó de los postulados cubanos para acercarse a aquellos más en boga a finales de los sesenta y principios de los setenta (Vietnam); el país afrontó a partir de 1980 una dura guerra civil que duró 12 años y finalizó con unos acuerdos de paz que dieron como resultado la inserción de la guerrilla en el sistema político y, 17 años después, su triunfo electoral.

Estos dos casos divergentes de movilización –los principales en sus *ondas* de actividad dentro de la *oleada* revolucionaria en la región– respondieron a motivaciones sociopolíticas y a estrategias diferentes, con muy diversos desarrollos armados y cierres de esos procesos; pero que simultáneamente, y de modo casi exclusivo en el continente, triunfaron electoralmente. El estudio de dos casos opuestos dentro de una misma oleada –y en dos momentos (ondas) diferentes– nos puede ayudar a comprender sus motivaciones, sus dinámicas y su desaparición; y, sobre todo, el rol de la violencia en cada momento de la oleada y sus justificaciones, a pesar de los fracasos de otros desafiantes previos, lo que contribuye a la comprensión de su papel en los ciclos insurgentes. Para ello, se ha estructurado el artículo en tres partes: en primer lugar, se analiza el papel de Cuba como actor central en la reactualización de la violencia como herramienta política en América Latina en el contexto posterior a 1959; a continuación, se examina cada uno de los dos casos objeto de estudio. Para El Salvador se analizan además aquellos nuevos elementos que alimentan política e ideológicamente la movilización, cuando ya no es Cuba el factor determinante. Las conclusiones finales reflexionan sobre las preguntas y motivaciones de partida de modo conjunto para ambos casos, así como sobre el cierre de aquellas experiencias, el abandono de la violencia, y los logros y limitaciones de los movimientos armados de la oleada en la región.

Los casos de movilización uruguayo y salvadoreño respondieron a motivaciones sociopolíticas y a estrategias diferentes, con muy diversos desarrollos armados y cierres de esos procesos; pero simultáneamente, y de modo casi exclusivo en el continente, ambos triunfaron electoralmente.

Cuba y la actualización de la violencia revolucionaria

«Los latinoamericanos habíamos tenido una especie de complejo de derrotados. Todo movimiento revolucionario importante, empezando por Martí, siguiendo en Nicaragua por Sandino, etc., todos fueron derrotados. No era una revolución de Cuba, era una revancha de los pueblos latinoamericanos, tradicionalmente perdedores, contra el imperialismo norteamericano»¹. Estas palabras de un joven militante de la juventud del Partido Comunista Uruguayo (PCU) son reveladoras acerca del significado del triunfo revolucionario cubano de enero de 1959. Para él, como para muchos latinoamericanos, Cuba no solo era un motivo de orgullo por haber derrotado una dictadura; también lo era por su resistencia frente a Estados Unidos, que desde ese momento se convirtió en el enemigo número uno de buena parte de los grupos de izquierda de la región. No se trató, por tanto, del simple derrocamiento de un dictador por parte de un grupo insurgente; fue un hecho político trascendental, que cambió Cuba desde entonces hasta hoy, pero que además tuvo profundas repercusiones en América Latina, en primer lugar, y en otras regiones del mundo occidental por extensión en años posteriores².

En un primer momento, el éxito insurgente cubano removió conciencias e iluminó (e inclinó) adherentes a una nueva propuesta de acción que vendría a quebrar en los años siguientes el dominio ideológico y político de comunistas y socialistas en la izquierda latinoamericana. Según Julio Marenales Sanz³, militante socialista uruguayo desde fines de los cuarenta y luego integrante-fundador del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T), «el partido te enseña, te habla de revolución, pero después para hacerla te da un escarbadien-

-
1. Entrevista a Julio Arizaga realizada por Eduardo Rey, Montevideo, 21 de agosto de 1998.
 2. Si bien el consenso en torno a la influencia de la Revolución Cubana en América Latina es total entre los especialistas en la materia, no hay trabajos específicos que hayan abordado esta cuestión a escala regional. Sí se puede apreciar dicho consenso en la amplia bibliografía sobre casos nacionales y organizaciones armadas (para una visión general de esta, véase Oikión *et al.*, 2014). Pero solo muy recientemente se está trabajando sobre el tema en el marco de estudios sobre la oleada de la «nueva izquierda» latinoamericana y con perspectiva comparada a escala internacional. Resultados de esos debates se pueden leer en Martín y Rey (2016, en prensa), especialmente en relación con la influencia cubana en América Central, con el papel jugado por sus estructuras de inteligencia para impulsar la lucha en la región desde 1959-1960, así como el rol desempeñado por las editoriales de ultraizquierda europeas a la hora de difundir las enseñanzas teórico-prácticas de la revolución en América Latina desde los años sesenta del siglo pasado.
 3. Entrevista a Julio Marenales realizada por Eduardo Rey, Montevideo, 4 de agosto de 1998.

tes». Cuba rompió aquella dinámica en la lógica de muchos jóvenes de la región –fueran o no militantes de izquierda previamente– y pronto pasó a representar en sus imaginarios una nueva forma de militancia político-revolucionaria. Además, a partir de 1959, los líderes del proceso revolucionario cubano elaboraron una doctrina coherente y práctica acerca de la revolución que, independientemente de su sentido, corrección o crítica, construyó desde el principio un discurso y una propuesta alternativa a la dominante hasta entonces en la región.

La gran novedad de esta revolución tras 1959 fue, en consecuencia, la aparición de una nueva corriente, una «nueva izquierda», que aspiraba a la transformación social a través de nuevas formas de acción y movilización, y que se definía en oposición a la tradicional (principalmente comunista). No fue un fenómeno exclusivo de América Latina, ni desde luego algo homogéneo; también tuvo lugar en Europa y Estados Unidos, y abarcó múltiples y diferenciados movimientos y grupos que optaron por repertorios de acción varios, tanto violentos como no violentos (Gosse, 1993). Se trató de un movimiento que afectó a grupos sociales generalmente urbanos y con fuerte presencia universitaria; que estuvo vinculado a los movimientos de liberación del Tercer Mundo; que reaccionaba frente al imperialismo, y en el que participaban militantes de diversas procedencias sociales y políticas, desde marxistas a cristianos progresistas, pasando por anarquistas y nacionalistas de diversas matrices.

Para el caso latinoamericano, la Revolución Cubana replanteó cuestiones teóricas y prácticas fundamentales en relación con las posibilidades, la naturaleza, los métodos y la forma de lucha. Y esta particularidad de inicio determinó las características de la nueva izquierda en la región.

Para el caso latinoamericano, la Revolución Cubana replanteó cuestiones teóricas y prácticas fundamentales en relación con las posibilidades, la naturaleza, los métodos y la forma de lucha. Y esta particularidad de inicio determinó las características de la nueva izquierda en la región. Cuba actualizó la herencia revolucionaria latinoamericana⁴ y rehabilitó la violencia como arma política justificada para la transformación social. Era la primera ocasión en que una propuesta que perseguía profundas reformas sociales y económicas llegaba al poder, se consolidaba y perduraba; una propuesta que abrazaba el marxismo-leninismo,

4. Esta se remonta al período independentista (1810-1830), del cual muchos grupos tomarían sus referencias identitarias básicas al realizar una relectura ideologizada de su historia en la que revalorizaban el carácter popular de las luchas y su carácter antiimperialista, elementos que conectaban ambos períodos históricos –el independentista y esta nueva etapa revolucionaria– y a sus protagonistas.

en oposición directa a Estados Unidos, y que nacía con la proclamada intención de fomentar la revolución en toda la región. Todo ello, como recogía el testimonio inicial, la convertía en una alternativa muy atractiva para muchos jóvenes militantes, por lo que fue el detonante del desarrollo de una conciencia subversiva en la juventud del continente.

Además, Cuba ofrecía una doctrina coherente y práctica acerca de la revolución a todos los que quisiesen seguirla; esta no se correspondía exactamente con aquello de lo que partieron los cubanos, sino que era más bien una reconstrucción posterior de carácter justificativo del ejercicio del poder, por una parte, y de la posición cubana en el concierto socialista internacional del momento, por la otra (Lamberg, 1979; Childs, 1995). En esta doctrina básica y no plenamente elaborada, construida a partir de los escritos y discursos de Guevara (1974 [1960]), Castro (1976 [1962]) y Debray (1967) –nuevo y fundamental corpus teórico revolucionario–, destacan dos ideas con sus consecuentes lecturas: una nueva propuesta de acción revolucionaria y una redefinición de las clases protagonistas de la revolución. La primera fue el «foquismo» guevarista, nueva clave organizativa y movilizadora: el foco, pequeño grupo armado implantado en una zona rural y de difícil acceso y destrucción por parte de las fuerzas enemigas, contribuiría con su actividad a la creación de las condiciones subjetivas de organización y concientización del resto de la población. Para conformarlo ya no era precisa ni la larga militancia político-partidaria, ni la profunda formación teórico-marxista. Solo la voluntad y el conocimiento de los principios revolucionarios (castristas) fundamentales. Su inmediatez lo hizo muy atractivo para los jóvenes de clase media y universitaria (a la que pertenecía la dirigencia cubana y luego componente clave en los movimientos guerrilleros), pues les ofrecía una rápida solución a la situación sociopolítica que criticaban y a su vez una legitimación personal a pesar de su origen no proletario. Las clases medias pasaron a sentirse como los conductores de la revolución continental.

No cabe duda de que esta lectura era esencialmente ideológica. Al mismo tiempo, fue útil por su efecto propagandístico y movilizador, y por ser justificativa del recurso a adoptar en las futuras luchas sociopolíticas: la violencia. En este punto el castrismo y la nueva izquierda nacida de su influencia se enfrentaban a la izquierda tradicional: dado que su origen era una experiencia de lucha armada, rechazaban las formas de lucha política defendidas hasta entonces como vía de acceso al poder. Su propuesta, presentada como única salida posible, era la lucha armada, de la que Cuba ya había enseñado el camino y ofrecido las lecciones para llevarla a cabo.

Uruguay: del voluntarismo sociopolítico a la frustración armada

A partir de 1955, la izquierda uruguaya –hasta entonces dominada por el Partido Socialista Uruguayo (PSU) y el PCU– inició un profundo proceso de cambio y renovación político-ideológica y organizativa, crucial para comprender el impacto que tuvo en ella el triunfo revolucionario cubano (Rey, 2005)⁵. Las renovaciones internas, el tercerismo o el desarrollo creciente de una conciencia antiimperialista y latinoamericanista fueron el sustrato ideológico clave para ello, y sentaron las bases para que desde muy pronto el éxito castrista concitase simpatías, adhesiones y solidaridad. Desde 1960, entre ciertos sectores de esa izquierda, así como entre los jóvenes que despertaron a la movilización por el fuerte impacto de la Revolución Cubana a nivel político, ideológico y en el imaginario, comenzaron a difundirse algunas de las ideas clave que ya hemos destacado con anterioridad: el cuestionamiento creciente de las dinámicas político-electorales como forma de acceso al Gobierno y como idea central para definir estrategias de transformación política y social, así como la renovación de la violencia como arma política justificada y válida en función de la lectura específica de cada coyuntura nacional.

A ello siguió, en 1960 y 1962, el fracaso de diversas acciones impulsadas desde la izquierda que alimentaron tanto el sentimiento de frustración como el debate en torno a aquellas ideas: movilizaciones de alto poder simbólico, pero nulos resultados prácticos, protagonizadas por los trabajadores de caña de azúcar del noroeste del país, liderados sindicalmente desde 1959 por Raúl Sendic; debates en torno a una posible y no alcanzada reforma constitucional radical en 1961, y un estrepitoso fracaso electoral en las elecciones de noviembre de 1961 de los sectores que intentaron rentabilizar electoralmente la amplia movilización social que había generado la Revolución Cubana (ibídem). A comienzos de 1963, la lectura que realizaban diversos grupos de militantes –minoritarios en la izquierda y algunos sin la menor relevancia social– fue que no había posibilidades de cambio real desde dentro del sistema y por las vías establecidas. Asumían así la idea de la esterilidad de la lucha político-electoral;

5. Esta sección, y especialmente la información relativa al MLN-T, parte de nuestros trabajos previos (Rey, 2005). La producción en torno al caso es muy amplia, pero no ha sido posible incorporarla por cuestión de espacio y por el carácter de este trabajo. Un análisis detallado de su carácter, contenidos, evolución y perspectivas puede verse en Rey y Yaffé (2014: 355-386).

que el propio orden político excluía la posibilidad de transformaciones radicales pacíficas, bien por las trabas legales al crecimiento electoral de la izquierda, bien por una acción directa en el hipotético caso de superación de dichas trabas; y que, en definitiva, la única posibilidad de cambio revolucionario de su sociedad pasaba por armarse para tomar el poder, al igual que se había hecho en Cuba.

El 31 de julio de 1963, un comando formado por militantes de varios de aquellos pequeños grupos que comenzaban a discutir sobre la posibilidad de la lucha armada en el país realizó un robo de armas. La acción quiso ser un primer paso para superar la discusión sobre las vías de acción revolucionaria y con ella se abrió un período marcado por la formación de la organización conocida como el «Coordinador» [de los grupos de izquierda] (ibídem), que concluyó en enero de 1966 con la conformación del MLN-T. En esos años, los diversos grupúsculos procedentes del socialismo, el anarquismo, los prochinos escindidos de la juventud del PCU, los trabajadores cañeros aglutinados en torno a Sendic, o un grupo juvenil procastrista (Cortina, 2012) perfilaron posiciones, exploraron vías y debatieron estrategias, compartiendo los debates que por influencia del éxito de la Revolución Cubana se encontraban presentes en buena parte de la izquierda radical latinoamericana. Los temas de los debates giraban en torno al método con el que llegar al poder para transformar las estructuras, el tipo de organización que debería ponerlo en práctica, así como la forma concreta de lucha. Al tiempo, realizaban las primeras acciones de obtención de recursos económicos y armas, útiles tanto para preparar la futura lucha clandestina como para avanzar en el compromiso con la acción y deslindar posiciones de cara a la definitiva implantación de la lucha armada. La experiencia concluyó a finales de 1965, cuando las diferentes tendencias deslindaron posiciones y se conformó definitivamente el panorama organizativo de la izquierda revolucionaria uruguaya, con la creación del MLN-T en enero de 1966 y la decisión de los anarquistas, prochinos y castristas de organizar sus propias estructuras clandestinas en función de sus diversas concepciones estratégicas y de acción. Se abría una nueva etapa que estaría caracterizada –sobre todo desde 1968– por el protagonismo de la violencia en la política, tanto por las organizaciones armadas, como por la deriva autoritaria del Gobierno iniciada a fines de 1967.

Las interpretaciones acerca de la aparición y desarrollo de la violencia política giran en torno a la doble crisis de identidad y de legitimidad democrática: por un lado, la pérdida de capacidad convocante de algunas claves de la identidad uruguaya (caso de las interpretaciones fundantes del pasado nacional, o el rol de la política y los partidos como espacios nacionalizadores y articuladores de la sociedad) y, por otro, la crisis de las formas dominantes de representación política. Todo ello, sumado a la crisis económica, la corrupción generalizada, o

la percepción de las limitaciones de la izquierda y su proyecto de transformación social, produjo un efecto de alienación, una orientación negativa de los individuos frente al sistema político, expresada bien como renuncia a tomar parte activa en el proceso, o bien como adhesión a un contrasistema (Costa, 1988: 43; Caetano y Rilla, 1994: 218). En la búsqueda de nuevas formas de articulación social que superasen los marcos establecidos es donde Rama (1987) sitúa los desarrollos de opciones novedosas y diferentes en la intelectualidad, el movimiento estudiantil, las clases medias y obreras, o los grupos políticos. En definitiva, se perdía el consenso sobre la exclusividad estatal en la aplicación de la violencia: fuerzas sociales y políticas de todo el espectro político rechazaban ese monopolio –y la legitimidad para su uso– por parte de un sistema político, de un Estado, que consideraban había dejado de representarles y defender sus intereses⁶. Estas lecturas interpretan el largo período de deterioro institucional hasta 1973, incidiendo en la incorporación de ciertos sectores sociales a los procesos de deterioro e incluso violencia política a fines de la década anterior. Pero, como hemos señalado, el detonante del proceso fue el éxito revolucionario en Cuba, así como, desde mediados de la década de los sesenta, la apertura del ciclo violento en Uruguay, que tuvo relación sobre todo con la visión particular de grupos militantes radicalizados y no con la futura deriva política del país. Esto es, con la voluntad políticamente determinada de lanzar la lucha armada para la transformación revolucionaria del Uruguay, renunciando a otras estrategias posibles por considerarlas estériles en función de la lectura político-ideológica realizada a inicios de la década.

Esa idea se defendió y argumentó, principalmente, en los primeros documentos internos redactados por el MLN-T para la formación de su militancia y, en especial, para el debate y concreción de su propuesta político-ideológica. Destaca entre ellos el «Documento n.º 1» (MLN-T, 1967), que recogió los debates y conclusiones a los que llegaron los fundadores de la organización en los cuatro años previos y a partir de los que argumentaron su decisión de iniciar la lucha armada. En él justificaban su propuesta en función de un análisis genérico y superficial de la coyuntura política, económica y social del país, más útil como recurso justificativo e ideologizado que como explicación sistemática de la realidad en la que querían actuar. La mayor parte de las ideas que se exponían eran

6. Si bien no analizamos ahora las tendencias similares desde la derecha, en nuestra interpretación fue este mismo proceso el que, dirigido desde ciertos sectores de poder, a la larga resultó exitoso y explica el golpe de Estado de junio de 1973, muchos meses después de que los grupos revolucionarios hubiesen sido desarticulados.

deudoras de los debates en torno a la revolución, sus vías y formas, difundidas en la región desde 1959. Consideraban que ya había condiciones objetivas para la acción revolucionaria, si bien debían crearse aún las subjetivas (conciencia, organización, dirección). Estas, en línea con las ideas foquistas dominantes, se crearían en la lucha. Descartaban la posibilidad de tránsito pacífico hacia el poder a corto plazo y establecían que la única vía para la revolución socialista sería la lucha armada: «No hay casi posibilidades de radicalización de la lucha de clases que no desemboque en la violencia. Las verdaderas soluciones para nuestro país implican un enfrentamiento directo y violento con la oligarquía y sus órganos de represión. La lucha armada no solo es posible en el Uruguay, sino imprescindible: única forma de hacer la revolución (...) la principal (...), y a ella deberán supeditarse las demás. (...) como el resto de América Latina, será el mejor instrumento para crear condiciones revolucionarias» (ibídem). La estabilidad política del país, así como su hasta entonces sólido sistema político, no pasaba de ser, en la argumentación de este documento, «un inconveniente para justificar a escala de las grandes masas la necesidad de la lucha armada». Pero como daban por hecho que, tanto por cuestiones internas como regionales, se avanzaba hacia un golpe de Estado, aquella sería una cuestión fácilmente superable. La lucha armada pasaba a ser entonces la herramienta para crear la conciencia «de que sin revolución no habrá cambio». Y para ello era preciso crear «una organización político-militar revolucionaria», tarea en la que estaban inmersos desde 1963.

Además de clave para la transformación política y social del país, el recurso a la violencia como estrategia política central fue argumentado y defendido en otros dos sentidos: en cuanto a definidor de posiciones políticas en el seno de la izquierda y por su alto valor movilizador. La actividad armada, en la lógica tupamara, era lo que distinguía a aquellos que querían luchar por la revolución a corto plazo, de aquellos otros que, a su entender, no pasaban del discurso sobre ella. Se trata de una concepción foquista readaptada a las circunstancias uruguayas y en la que se concretaban los roles que desempeñaría la lucha armada. La idea de foco –tomada por los tupamaros solo en sus elementos esenciales, cualitativos y no físicos, pues su propuesta fue de lucha urbana y no rural– implicaba la acción de una minoría radicalizada que generaría las condiciones básicas de organización y conciencia precisas para su crecimiento. En los primeros años del movimiento interpretaron que lo que se necesitaba era crear un foco, y no un nuevo partido, que agrupase a todos aquellos que, a partir del rol definidor de la lucha armada, pudiesen ser considerados como auténticos revolucionarios: aquellos que estaban a favor de la lucha armada y el trabajo de masas, a diferencia de los partidarios de la mera acción política, la formación del partido o la acumulación de fuerzas, en clara alusión crítica a los militantes de los partidos comunistas (MLN-T, 1968).

En conclusión, la justificación de la violencia por parte del MLN-T –si bien no sus estrategias específicas y su pensamiento, de carácter netamente nacionalista y latinoamericanista– se fundamentó en una lectura ideologizada de la realidad uruguaya más deudora de los postulados guevaristas que de un análisis original y crítico. Se trató de una construcción política justificativa de una decisión previa. Partieron de unas experiencias de movilización política y social frustrantes en los primeros sesenta, que si algo mostraron fue el escaso recorrido que, en aquellos años al menos, podía tener el traslado de la simpatía por la Revolución Cubana a una determinada acción política nacional. Es cierto que el sistema era refractario a una transformación radical y que ni comprendía ni concedía espacios de dignidad a luchas sociales tan básicas como las de los trabajadores de caña del noroeste del país. Pero traducir esas frustraciones en una propuesta de lucha armada para un país hasta ese momento política y socialmente estable (hasta 1967 al menos, más allá de la crisis económica creciente) no parece una respuesta proporcional; o dicho de otro modo, este proceso solo puede haberse visto propiciado en un contexto regional altamente ideologizado y radicalizado como el resultante del triunfo castrista previo.

Al referirnos a la justificación de la lucha armada realizada por el MLN-T hasta 1967, no entramos en la segunda parte del debate: la radicalización sociopolítica creciente desde fines de aquel año y, sobre todo, desde mediados de 1968. A partir de entonces son de interés las interpretaciones ya señaladas para el período (1963-1973). Por nuestra parte, ya hemos sostenido que fue precisamente la polarización política creciente la responsable del desarrollo y protagonismo definitivo del MLN-T en la vida política uruguaya, esto es, que le permitió pasar de grupúsculo conspirativo a organización revolucionaria (Rey, 2005). A ello contribuyeron, además, la crisis política, económica y social del período, la radicalización de las movilizaciones sociales y, de forma destacada, el cierre de oportunidades políticas que produjo la radicalización de un Gobierno que actuó casi constantemente bajo medidas de excepción hasta el golpe de Estado de 1973. De ahí que de forma metafórica se haya podido afirmar que el Gobierno de Jorge Pacheco Areco fue el principal creador de tupamaros a partir de agosto de 1968 (fecha del asesinato policial del primer estudiante e inicio del crecimiento desahogado de la organización precisamente entre los estudiantes montevideanos).

La justificación de la violencia por parte del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) –si bien no sus estrategias específicas y su pensamiento, de carácter netamente nacionalista y latinoamericanista– se fundamentó en una lectura ideologizada de la realidad uruguaya más deudora de los postulados guevaristas que de un análisis original y crítico.

El Salvador: de la guerra revolucionaria a la paz negociada

El surgimiento de las organizaciones armadas de izquierda en El Salvador a partir de 1970 se produjo en el contexto de un nuevo momento de auge de la izquierda revolucionaria a nivel mundial⁷. Este nuevo escenario se caracterizó por la conjunción, en un corto período de tiempo, de varios acontecimientos y procesos políticos que dejarían una fuerte impronta en la estrategia y la ideología de la izquierda armada en los años sucesivos. Por una parte, el final de la década de los sesenta trajo aparejado un cuestionamiento de la estrategia foquista, consecuencia del fracaso de los movimientos revolucionarios inspirados en ella (Guatemala, Perú, Venezuela) y de la derrota del *Che* Guevara en Bolivia en octubre de 1967. Su muerte puso dramáticamente de manifiesto que una revolución exitosa demandaba la construcción previa de un poderoso movimiento revolucionario enraizado y sostenido por la propia población y con presencia tanto en las ciudades como en las zonas rurales. Esto no significó que disminuyeran la influencia o el prestigio de Cuba entre los revolucionarios latinoamericanos⁸, más bien condujo a una búsqueda por parte de estos de experiencias exitosas más allá de América Latina y a una diversificación de sus influencias ideológicas y estratégicas. En este sentido, el éxito del movimiento revolucionario en Vietnam –en su enfrentamiento con el ejército de Estados Unidos– convirtió a sus principales líderes (Võ Nguyên Giáp, Trường Chinh, Ho Chi Minh) en nuevos iconos revolucionarios a escala mundial y a su estrategia de guerra popular en la nueva referencia –al menos retóricamente– para buena parte de los grupos latinoamericanos surgidos o reorganizados en la década de los setenta. Por otra parte, la oposición de Mao Zedong a la política de «coexistencia pacífica» de la URSS y el inicio posterior de la Revolución Cultural (1966) contribuyeron a revalorizar el papel de China como centro revolucionario mundial y a incrementar el prestigio y la difusión del pensamiento de Mao (Rothwell, 2012; Wolin, 2010).

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, en el imaginario de amplios sectores de la juventud radicalizada de todo el mundo, Vietnam y Chi-

7. En otro trabajo (Martín y Rey, 2012: 8), y siguiendo a Sageman (2011), definimos estos momentos de auge o de aceleración de la oleada de la nueva izquierda como «ondas» caracterizadas tanto por la proliferación de nuevas organizaciones armadas de izquierda, como por la intensificación de la actividad de organizaciones surgidas en momentos anteriores a dicha oleada.

8. A lo largo de los años setenta y ochenta, Cuba continuaría siendo la principal fuente de apoyo político y material para la mayor parte de los grupos revolucionarios latinoamericanos.

na se convirtieron en ejemplos de procesos revolucionarios pujantes, en un agudo contraste con la imagen de una URSS anquilosada y burocratizada. La invasión de Checoslovaquia por las fuerzas del Pacto de Varsovia en 1968 contribuyó precisamente a reforzar esa imagen de una URSS convertida en una nueva potencia imperial más interesada en asegurar sus zonas de influencia frente a Estados Unidos que en apoyar las luchas revolucionarias en el Tercer Mundo⁹. En buena medida y como consecuencia de ello, los partidos comunistas que, salvo algunas excepciones, continuaron aún en ese momento bajo la influencia de Moscú vieron cómo importantes contingentes de la juventud radicalizada se alejaban de sus filas para engrosar las de organizaciones recién surgidas, las cuales se situaron más a la izquierda en el espectro político a partir de su apuesta por estrategias más confrontativas o por abogar directamente por la lucha armada. En el caso de América Latina, además, cabe destacar los efectos que los debates del Concilio Vaticano II (finalizado en 1965) y de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (CELAM) —que tuvo lugar en Medellín en 1968— tuvieron en el surgimiento de una izquierda revolucionaria de inspiración católica que acabó apostando por la lucha armada. El llamado a terminar con la explotación y a propiciar la liberación política, económica y social de las mayorías que realizaron los teólogos de la liberación latinoamericanos encontró eco en sectores juveniles de las organizaciones católicas y de los partidos demócratacristianos de la región. Junto a ello, el ejemplo de sacerdotes que, como el colombiano Camilo Torres, llevaron el compromiso con los pobres hasta el extremo de incorporarse a la guerrilla en 1966 marcó el camino a seguir para miles de jóvenes católicos latinoamericanos en la década siguiente.

Estos fueron, en términos muy generales, los elementos principales que configuraron los rasgos de la izquierda armada latinoamericana que surgió —o se reorganizó tras fracasos previos— en los primeros setenta. Los grupos armados de izquierda salvadoreños fueron influidos y permeados en sus orígenes por este nuevo contexto internacional, el cual parecía apuntar hacia una generalización de las luchas revolucionarias a escala global¹⁰. Si bien el éxito de la Revolución

-
9. Hay que señalar que ya el «discurso secreto» de Jrushchov y la invasión soviética de Hungría en 1956 habían motivado la defección de notables intelectuales comunistas europeos y el surgimiento de una primera expresión de la nueva izquierda, sobre todo en las universidades. En América Latina surgieron simultáneamente corrientes marxistas críticas (precursoras de la nueva izquierda) en núcleos intelectuales de algunos países, como es el caso de Brasil, Argentina, Chile y Venezuela.
 10. Nuevamente, carecemos de espacio para detallar la amplia producción existente sobre el caso salvadoreño, para lo que remitimos al análisis específico de Martín y Sprenkels (2014: 211-240). Esta sección se basa en trabajos previos resultado de la tesis doctoral de uno de nosotros (Martín, 2006) e investigaciones propias posteriores.

Cubana provocó un replanteamiento de corta duración en la estrategia revolucionaria del Partido Comunista de El Salvador (PCS) en 1961-1962, a finales de dicha década este partido –única organización de izquierda comunista en el país hasta entonces– había regresado a planteamientos ortodoxos. En 1969, el grueso de la dirección del partido defendía una estrategia revolucionaria por etapas, que ponía el acento en la colaboración con fuerzas democráticas con el objetivo de socavar el dominio exclusivo que sobre la política y la sociedad salvadoreñas mantenían las fuerzas armadas en alianza con la oligarquía terrateniente. El objetivo del partido en ese contexto –un país al que definían como semifeudal, semicolonial y con un desarrollo capitalista deforme– debía ser la realización de una revolución democrático-burguesa, antifeudal y de liberación nacional, que estableciera las bases para un proceso revolucionario posterior cuyo objetivo debía ser el socialismo (PCS, 1964). El PCS reconocía formalmente la necesidad de la lucha armada para la toma del poder; sin embargo, en los hechos puso el énfasis en una estrategia que evitaba en lo posible el enfrentamiento directo con el Estado y que abogaba incluso por conseguir la legalización del partido (PCS, 1970) y por la construcción de coaliciones electorales con fuerzas de centro y centro-izquierda con el fin de desalojar al partido de los militares, el Partido de Conciliación Nacional (PCN), del poder ejecutivo por medio de elecciones.

En el marco de un régimen político excluyente, en el que los militares controlaban los tres poderes del Estado y permitían tan solo espacios marginales de participación a la oposición moderada en procesos electorales decididos de antemano, la línea política del PCS aparecía como conservadora y fútil ante los ojos de un importante sector de la juventud comunista¹¹. De la misma forma, la postura de parte de la dirección del partido ante el incremento de la conflictividad laboral y, en particular, su rechazo a la utilización de acciones disruptivas o a la planificación de acciones de autodefensa ante la represión por parte de los militantes integrados en sindicatos –con ocasión de las importantes huelgas fabriles y de maestros que tuvieron lugar en 1967 y 1968– contribuyeron al alejamiento del sector de obreros sindicalizados más radicalizados, incluyendo al propio secretario general del PCS, Salvador Cayetano Carpio. A todo ello se vinieron a sumar dos eventos clave que agudizarían las tensiones en el interior del partido y terminaron por fragmentarlo.

11. Finalmente, en el contexto del triunfo de la Revolución Sandinista y con la expectativa del estallido de una insurrección revolucionaria en El Salvador, el PCS decidió crear su propio brazo armado en 1980: las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL).

En primer lugar, el apoyo oficial que el PCS otorgó a la invasión de Checoslovaquia. Ante los ojos de la militancia comunista más joven, este hecho representó la constatación de que era necesario revisar la forma en que se había construido el socialismo de Estado en Europa y contribuyó además a alentar el cuestionamiento del rol de la URSS como referente de la revolución mundial. En segundo lugar, y verdadero detonante de la escisión del pequeño pero significativo grupo de militantes que optarían por la lucha armada, fue el apoyo implícito que el partido otorgó al Gobierno salvadoreño con ocasión de la guerra con Honduras en julio de 1969. La oposición a este conflicto, encabezada por el propio secretario general frente a la mayoría del Comité Central, fue el último eslabón en una cadena de conflictos iniciados en 1965. El sector que abandonó el PCS y fundó en abril de 1970 las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL) apostaba decididamente por el uso de la lucha armada como estrategia fundamental de la toma del poder. Si bien se identificaba completamente con la Revolución Cubana, apostó en cambio por el desarrollo de una estrategia de guerra popular prolongada de inspiración vietnamita.

La otra organización armada de izquierda surgida en los albores de la década de los setenta tuvo su origen en un grupo de jóvenes universitarios vinculados al socialcristianismo o a la juventud demócratacristiana y, en menor medida, en estudiantes de secundaria cercanos a la juventud comunista. Los primeros habían seguido con entusiasmo los progresos realizados por el Partido Demócrata Cristiano (PDC) desde 1964, organización con la que muchos de ellos se habían comprometido personalmente. Si bien el proyecto inicial de este grupo de jóvenes católicos había sido la democratización del país —el desarrollo y la promoción de los sectores más desfavorecidos a través del trabajo de base—, la constatación de los límites que el régimen militar imponía al proyecto de «revolución en libertad» al que aspiraban los radicalizó rápidamente. Este proceso se produjo en el contexto anteriormente mencionado de represión de las intensas movilizaciones del período 1967-1968, y en el marco más amplio de un acercamiento al marxismo y a la lucha armada por parte de importantes sectores de los jóvenes católicos de todo el continente. A lo largo de 1970 y 1971, se unirían a este colectivo otros estudiantes universitarios influidos por las corrientes de pensamiento dominantes en el movimiento estudiantil del 68. La organización resultante del encuentro de estos diferentes agrupamientos de estudiantes radicalizados tomó el nombre de Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP)¹² en marzo de 1972. Este grupo no tuvo una

12. Más tarde se escindieron del ERP varios grupos de militantes, los cuales fundaron a su vez otros grupos armados: las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN) en 1975 y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos (PRTC) en 1976.

estrategia bien definida durante sus primeros años de existencia: mientras que un sector era partidario de la guerra popular de estilo vietnamita, otro –dominante en los inicios– apostaba por la multiplicación de acciones armadas espectaculares sin una estrategia de desarrollo de la organización a largo plazo.

Pese a sus diferencias, los fundadores de las FPL y del ERP mantenían coincidencias fundamentales en su interpretación de la realidad salvadoreña. Consideraban que el Estado tenía un carácter de clase y operaba para asegurar los intereses a largo plazo de la clase capitalista. Por su parte, esta oligarquía utilizaba al Estado, y en concreto a las Fuerzas Armadas que ostentaban el poder ejecutivo, como un mecanismo de organización de la violencia para la represión de las mayorías explotadas y la preservación del sistema capitalista como un todo. Para tratar de adquirir legitimidad entre los dominados, el Estado utilizaba una apariencia democrática, incluyendo un sistema limitado de partidos políticos, un poder legislativo y otras

Los militantes de la izquierda revolucionaria salvadoreña justificaron sistemáticamente el recurso a la lucha armada por la imposibilidad de modificar el statu quo por medios pacíficos. La constatación de la futilidad de la vía electoral como instrumento de acceso al poder político constituyó un elemento fundamental en las justificaciones de la violencia revolucionaria.

formas de la democracia representativa. Consideraban asimismo que, en realidad, era el modo de producción el que determinaba la forma de representación política y la estructura de clases sociales, por lo que un verdadero cambio estructural solo se podía lograr a través de una revolución que transformara el modo de producción y el Estado de forma simultánea. Si el verdadero poder residía en la clase

dominante, cuyos intereses eran preservados a través de las diferentes instituciones del Estado, el mero control del poder ejecutivo no podía asegurar la transformación del orden social. Por lo tanto, el objetivo de los revolucionarios era la toma del poder del Estado, toma que debía ser necesariamente violenta para subvertir la oposición de la oligarquía.

Los militantes de la izquierda revolucionaria salvadoreña justificaron sistemáticamente el recurso a la lucha armada por la imposibilidad de modificar el statu quo por medios pacíficos. La constatación de la futilidad de la vía electoral como instrumento de acceso al poder político (de forma notable en 1967, 1972 y 1977) constituyó a este respecto un elemento fundamental y recurrente en las justificaciones de la violencia revolucionaria elaboradas por las distintas organizaciones a lo largo de los setenta –al igual que en el caso uruguayo antes estudiado–. La denuncia de la participación en el juego electoral como parte de una estrategia de la clase dominante para perpetuar su poder, y junto con él la explotación y exclusión de la mayoría de la población, constituyó la justificación fundamental para el inicio de la lucha armada tanto para el ERP como para las FPL (FPL y ERP,

1974). Así, desde 1974, los grupos armados de izquierda pusieron en práctica una estrategia de penetración en distintos sectores sociales: estudiantes, maestros, campesinos y habitantes de colonias marginales. Dicha estrategia incluyó tanto la toma del control de organizaciones previamente existentes, como la creación de otras nuevas bajo su dirección. Ello, junto con el incremento sin precedentes de la represión estatal, contribuyó a la radicalización del movimiento social. Si a mediados de la década de los setenta los reclamos fundamentales de las organizaciones populares eran todavía de tipo sectorial, a finales de la misma habían pasado a la demanda por la transformación revolucionaria de la sociedad y el Estado. Esta dinámica de escalada de la movilización –incremento de la represión en el contexto de la existencia de una densa infraestructura organizativa del movimiento social bajo control político de los grupos armados de izquierda– ayudó a legitimar a estos últimos y a incrementar exponencialmente sus posibilidades de reclutamiento a partir de 1978-1979. Asimismo, la represión indiscriminada de cualquier expresión de disidencia por parte de las Fuerzas Armadas y cuerpos de seguridad facilitó el acercamiento entre los revolucionarios y otras fuerzas de oposición, notablemente de socialdemócratas, socialcristianos y democratacristianos de izquierda¹³. El lanzamiento de una insurrección fallida a escala nacional por parte del movimiento revolucionario en enero de 1981¹⁴ marcó el inicio de un largo conflicto armado interno. Precisamente la infraestructura organizativa construida por los revolucionarios desde finales de los setenta hizo posible que estos pudieran edificar una retaguardia en zonas rurales del norte y centro del país, que sirvió de base para su posterior expansión a lo largo de los años ochenta.

Conclusiones

Si bien ninguno de los dos movimientos analizados logró su objetivo, sus finales en cuanto a propuestas de lucha armada y transformación revolucionaria de la sociedad fueron muy diferentes. A pesar de ello y de modo simultáneo en el año 2009, después de la reconversión de ambos a partidos políticos, tras el final de la dictadura en el caso uruguayo y con la firma de los acuerdos de paz

13. Esta heterogénea coalición de fuerzas tomó el nombre de Frente Democrático Revolucionario (FDR).

14. Desde octubre de 1980 las organizaciones armadas de izquierda habían llegado a acuerdos de colaboración que incluían una estructura de coordinación: el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), que mantuvo una alianza con el FDR durante la década de los ochenta.

en el salvadoreño, alcanzaron finalmente el Gobierno gracias a un éxito político-electoral en el que sin duda influyeron algunas claves que se gestaron con los propios grupos –en cuanto a conformaciones identitarias– y sobre todo en el desarrollo de sus luchas revolucionarias.

El MLN-T fue derrotado por las fuerzas armadas uruguayas en una intensa campaña represiva entre marzo y septiembre de 1972. En un análisis superficial y que no tuvo en cuenta la trayectoria ni características fundamentales del movimiento, Cronin (2009: 129-131) ha categorizado el caso del MLN-T como de finalización de actividad terrorista por el ejercicio de la represión estatal. Sin desmentir el hecho, consideramos que ni la derrota ni las limitaciones en la construcción de un proyecto alternativo para el Uruguay del momento pueden achacarse solo a la represión. Si bien su accionar clandestino llegó a influir en la evolución política del país a partir de 1970, así como en las luchas sociales del momento, la izquierda revolucionaria no representó una alternativa de cambio con posibilidades reales. Su fuerza en el conjunto del movimiento sindical amenazó solo muy puntualmente el dominio comunista. Políticamente, en 1971 la mayoría de la población uruguaya demostró su opción por listas electorales que defendían la institucionalidad democrática. Los grupos que se estima podían responder a la influencia revolucionaria dentro de la naciente coalición de izquierdas Frente Amplio (FA) no pasaron de, como mucho, 100.000 votos (menos del 10%). A ellos se podría oponer, por ejemplo, los cerca de medio millón obtenidos por el intento reeleccionista del presidente Jorge Pacheco Areco. Aunque se podrían argumentar muchas circunstancias para explicar esos resultados, no cabe duda de que las sensibilidades en Uruguay estaban muy repartidas y que la izquierda revolucionaria no pasó de ser una minoría. A pesar de que se trataba de una minoría amplia, calificada y de mucha presencia exterior por sus movilizaciones o acciones, no dejaba de tratarse de una minoría.

Por tanto, la acción armada fracasó en Uruguay por motivos tanto internos como externos. Fue capaz de centralizar una gran parte del descontento más radical frente a la crisis, así como de las influencias que la Revolución Cubana había generado; y, sin duda, a través de sus acciones logró influir en la evolución política nacional. Pero muy probablemente el MLN-T, a pesar de todo su desarrollo y potencial clandestino, no estaba preparado para plantear directa y seriamente la lucha por el poder. Carecía de un proyecto de fondo para convertirse en una auténtica opción de poder para Uruguay y ni siquiera tuvo la hegemonía dentro de la izquierda. La represión de las Fuerzas Armadas, por su parte, fue altamente eficaz en un período breve, gracias tanto a una buena tarea de inteligencia, como al uso indiscriminado de actuaciones que violaron sistemáticamente los derechos humanos. Tras 12 años de dictadura, cárcel y exilio (1973-1985), la organización se recompuso para actuar como partido político dentro de los márgenes del sistema. De su eficacia en ese

proceso, ya analizada por Garcé (2006), son ejemplo tanto el triunfo electoral de una izquierda en la que el grupo aporta el principal caudal de votos desde 2004, como la llegada a la Presidencia de la República en 2009 de José Mujica, miembro fundador de la organización.

El caso salvadoreño, por su parte, tuvo diferencias sustanciales, por cuanto el auge movilizador y organizativo de la izquierda revolucionaria hasta fines de los setenta –en el marco represivo y de confrontación progresiva de aquellos años– acabó dando lugar a una guerra civil de 12 años. En ella, si bien el FMLN fue capaz de controlar políticamente alrededor de un 25% del territorio nacional y de mantener una presencia en casi todo el país, no pudo lograr un triunfo militar definitivo. El masivo apoyo financiero y militar de Estados Unidos al Gobierno salvadoreño, la progresiva liberalización política del régimen a lo largo de los ochenta, el cambio de postura de los aliados internacionales del FMLN y el desgaste producido por la guerra en la sociedad salvadoreña condujeron a los revolucionarios hacia la búsqueda de una estrategia alternativa de solución del conflicto (Martín, 2010). Mientras, por su parte, las Fuerzas Armadas, sus aliados civiles y Estados Unidos llegaron al convencimiento de que el aniquilamiento militar de la guerrilla no era posible, después de la gran ofensiva lanzada por el FMLN en noviembre de 1989. Tras los acuerdos de paz de Chapultepec de enero de 1992 que pusieron fin a la guerra, el FMLN se transformó en un partido político competitivo, que fue capaz de lograr la mayoría en el Congreso ya en el año 2000 y de conquistar el Gobierno en 2009 (Allison y Martín, 2012). Al FMLN la guerra le permitió obtener su inclusión en el sistema político, a cambio del abandono de sus propuestas de transformación radical de la sociedad, la economía y el Estado. Aún más, en realidad la lucha armada forzó la democratización de un régimen político controlado previamente por una élite cohesionada y absolutamente refractaria ante un cambio político que ponía en riesgo las bases de su poder social y político, lo que ha llevado a algunos especialistas a calificar a El Salvador como un caso de «transición insurgente a la democracia» (Wood, 2000).

La democracia representativa constituyó un resultado subóptimo tanto para la élite económica y sus aliados militares, como para los revolucionarios. En el caso de estos últimos, dicho régimen no constituyó en origen un objetivo deseable y tuvieron que adaptarse a él forzados por las circunstancias. En este sentido, el caso salvadoreño representa un éxito en términos de la capacidad de supervivencia de la insurgencia frente a una fuerza militar muy superior durante un prolongado período de tiempo, así como un éxito parcial en el logro de sus fines si solo tenemos en cuenta los objetivos originales de los revolucionarios. Sin embargo, hacia el año 1990 esos objetivos ya no eran los mismos que aquellos con los que iniciaron la guerra. Se habían transformado en un proceso que

en otro lugar hemos definido como de «articulación de los fines organizativos» (Martín, 2010), como resultado de la compleja interacción entre el contexto externo que enfrentaba el movimiento y su propia dinámica organizativa. Esa articulación se tradujo en una revalorización de las oportunidades que ofrecía la democracia representativa para la llegada al poder de los revolucionarios y para la implementación de su proyecto político, pero de un proyecto del que se había eliminado previamente todo atisbo de cambio radical.

De esta forma, la posibilidad de llegar al poder a través de elecciones supuso tanto para el MLN-T como para el FMLN la renuncia previa y definitiva a su proyecto histórico, así como la aceptación de la democracia representativa y la economía de mercado. Cada grupo gestionó ese proceso en un contexto y de un modo diverso¹⁵. El MLN-T lo hizo a lo largo de más de una década de dictadura, tanto en las prisiones como en el exilio, y a través de una ardua y

Los casos uruguayo y salvadoreño son posiblemente los más exitosos tanto en cuanto a desafío armado primero, como en lo que se refiere a inserción político electoral después. Cabría su contraposición con otros movimientos coetáneos que se dan en países próximos y en formas similares, como, por ejemplo, en Argentina y Guatemala.

conflictiva reflexión acerca de su derrota, concluyendo con un proceso asambleario en 1985 tras la Ley de Amnistía y la salida de la cárcel de muchos de sus miembros. Hasta su incorporación al FA en 1989, aún sonaron en ocasiones algunos ecos de los militantes más radicales. El tiempo y los hechos, en todo caso, han demostrado que, al menos en cuanto al acceso al Gobierno en un

renovado marco político constitucional, su estrategia en esta etapa fue acertada. Respecto al FMLN, este supo gestionar –no sin conflictos– aquella transformación ideológica a lo largo de los años de lucha. Llegó a los acuerdos de paz con el debate sobre la conveniencia de abandonar la lucha armada ya cerrado, y en disposición de incorporarse rápida y plenamente al sistema como partido político con plena capacidad competitiva. Ello ha quedado demostrado con el continuado incremento de cuotas de poder político y de gobierno (en municipios y en el Parlamento nacional) hasta su victoria en la lucha por la Presidencia tanto en 2009 como en 2014, a través primero de un candidato ajeno a la estructura partidaria y, finalmente, con un comandante antiguo líder guerrillero.

15. Una visión comparada del proceso de adaptación de los movimientos guerrilleros uruguayo, salvadoreño y nicaragüense a la legalidad y la competencia electoral puede verse en Martí, Garcé y Martín (2013).

Por último, cabe resaltar que los casos uruguayo y salvadoreño son posiblemente los más exitosos tanto en cuanto a desafío armado primero (temporalmente y más allá de sus logros finales), como en lo que se refiere a inserción político electoral después. Cabría su contraposición con otros movimientos coetáneos que se dan en países próximos y en formas similares, como, por ejemplo, en Argentina y Guatemala. En el primero ni siquiera llegó a plantearse una reconstitución tras el final de la dictadura que los había derrotado, insertándose posteriormente muchos militantes en otros sectores del movimiento peronista; en el segundo, tras sus propios acuerdos de paz (proceso formalmente similar al salvadoreño), la antigua guerrilla se reorganizó para la competición político partidaria, no logrando nunca pasar de ser un actor marginal.

El estudio sistemático y comparado de los procesos revolucionarios posteriores a 1959 en América Latina, y especialmente del papel de la violencia como estrategia política fundamental de acceso al poder, está aún incompleto en muchos aspectos. Entre ellos sin duda está el análisis del final de la violencia, sus logros, limitaciones y la gestión posterior de ese proceso por sus actores. Ello implica a su vez el examen del final de la oleada revolucionaria en el caso latinoamericano, cuestión que –al igual que en el caso más general de la oleada de nueva izquierda en la que se inserta la primera– está aún pendiente de ser abordado por los investigadores.

Referencias bibliográficas

- Allison, Michael y Martín Álvarez, Alberto. «Unity and Disunity in the FMLN». *Latin American Politics and Society*, n.º 54 (2012), Miami, p. 89-118.
- Caetano, Gerardo y Rilla, José Pedro. *Historia contemporánea del Uruguay*. Montevideo: Fin de Siglo, 1994.
- Castro Ruz, Fidel. «Segunda Declaración de La Habana», en: Vilar, Pierra. *Imperialismo y Revolución en América Latina*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 53-110.
- Childs, Matt D. «An Historical Critique of the Emergence and Evolution of Ernesto Che Guevara's Foco Theory». *Journal of Latin American Studies*, vol. 27, n.º 3 (octubre de 1995), p. 593-624.
- Cortina Orero, Eudald. «Entre la institucionalidad y la acción revolucionaria. Una historia del Movimiento Revolucionario Oriental (Uruguay, 1961-1973)». *Contemporánea*, n.º 3 (2012), p. 189-212.
- Costa Bonino, Luis. *Crisis de los partidos tradicionales y movimiento revolucionario en el Uruguay*. Montevideo: Banda Oriental, 1988.
- Cronin, Audrey Kurth. *How Terrorism Ends. Understanding the Decline and Demise of Terrorist Campaigns*. Princeton: Princeton University Press, 2009.

- Debray, Régis. *¿Revolución en la Revolución?*. La Habana: Casa de las Américas, 1967.
- FPL y ERP. *Posición conjunta de las organizaciones del pueblo FPL – ERP ante el proceso electoral*. San Salvador, febrero de 1974. Archivo del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA).
- Garcé, Adolfo. *Donde Hubo Fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*. Montevideo: Fin de Siglo, 2006.
- Gosse, Van. *Where the boys are. Cuba, Cold War America and the Making of a New Left*. Londres-Nueva York: Verso, 1993.
- Guevara, Ernesto. *Obra Revolucionaria*. México: Era, 1974.
- Lamberg, Robert F. *La guerrilla en Latinoamérica*. Madrid: Mediterráneo, 1979.
- Martí i Puig, Salvador; Garcé, Adolfo y Martín Álvarez, Alberto. «¿Liderazgo, organización o ideología? Las diferentes vías de adaptación partidaria de los movimientos guerrilleros. Los casos de Nicaragua, El Salvador y Uruguay». *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 33 (noviembre de 2013), p. 57-79.
- Martín Álvarez, Alberto. *De movimiento de liberación a partido político. Articulación de los fines organizativos en el FMLN salvadoreño (1980-1992)*. E-Prints Complutense. Universidad Complutense de Madrid, 2006.
- Martín Álvarez, Alberto. *From Revolutionary War to Democratic Revolution. The Farabundo Martí National Liberation Front (FMLN) in El Salvador*. Berlín: Berghof Conflict Research, 2010.
- Martín Álvarez, Alberto y Rey Tristán, Eduardo. «La oleada revolucionaria contemporánea, 1959-1996. Definición, caracterización y claves para su análisis». *Naveg@mérica*, n.º 9 (2012), p. 1-36.
- Martín Álvarez, Alberto y Rey Tristán, Eduardo (eds). *Revolutionary Violence and the New Left: Transnational Perspectives*. Nueva York: Routledge, 2016 (en prensa).
- Martín Álvarez, Alberto y Sprenkels, Ralph. «La izquierda revolucionaria salvadoreña. Balance historiográfico y perspectivas de investigación», en: Oikión, Verónica; Rey, Eduardo y López, Martín. *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Zamora y Santiago: El Colegio de Michoacán y Universidad de Santiago de Compostela, 2014, p. 211-240.
- MLN-T. «Documento n.º 1». Montevideo, junio de 1967 (en línea) [Fecha de consulta: 12.06.2015] <http://www.cedema.org/ver.php?id=111>
- MLN-T. «Treinta preguntas a un tupamaro». 2 junio de 1968 (en línea) [Fecha de consulta 16.07.2015] <http://www.cedema.org/ver.php?id=1722>

- Oikión Solano, Verónica; Rey Tristán, Eduardo y López Ávalos, Martín. *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Zamora y Santiago: El Colegio de Michoacán y Universidad de Santiago de Compostela, 2014.
- PCS. «Proyecto de Programa General». San Salvador, abril de 1964. Archivo del Centro de Información, Documentación y Apoyo a la Investigación (CIDAI) de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA).
- PCS. «Lineamientos básicos de la táctica del PCS. Documento del Pleno del CC del PCS». San Salvador, 18 de octubre de 1970 (en línea) [Fecha de consulta 12.08.2015] <http://www.cedema.org/ver.php?id=3550>
- Rama, Germán. *La democracia en Uruguay: una perspectiva interdisciplinar*. Buenos Aires: Arca, 1987.
- Rapoport, David Charles. «Modern Terror: The Four Waves», en: Cronin, A. y Ludes, J. M. (eds.) *Attacking Terrorism: Elements of a Grand Strategy*. Washington, D.C.: Georgetown University Press, 2004, p. 46-73.
- Rey Tristán, Eduardo. *La izquierda revolucionaria uruguaya 1955-1973*. Sevilla: EEHA-CSIC, 2005.
- Rey Tristán, Eduardo y Yaffé, Jaime. «Izquierda y revolución en Uruguay (1955-1973). Balance historiográfico y perspectivas», en: Oikión, Verónica; Rey, Eduardo y López, Martín. *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Zamora y Santiago: El Colegio de Michoacán y Universidad de Santiago de Compostela, 2014, p. 355-385.
- Rothwell, Matthew D. *Transpacific Revolutionaries: The Chinese Revolution in Latin America*. Nueva York: Routledge, 2012.
- Sageman, Marc. «Ripples in the Waves: Fantasies and Fashions», en: Rosenfeld, Jean E. (ed.) *Terrorism, Identity and Legitimacy. The Four Waves Theory and Political Violence*. Londres: Routledge, 2011, p. 87-93.
- Wolin, Richard. *The Wind from the East. French Intellectuals, the Cultural Revolution and the Legacy of the 1960s*. Princeton: Princeton University Press, 2010.
- Wood, Elisabeth Jean. *Forging Democracy from Below. Insurgent Transitions in South Africa and El Salvador*. Nueva York: Cambridge University Press, 2000.



TAIWAN 2016

10 CLAVES y
10 PERSONAJES
de 2015

“ Taiwan elige el
status quo ”

INSTITUTO
DE LEGISLACIÓN
E DOCUMENTACIÓN
INTERNACIONAL



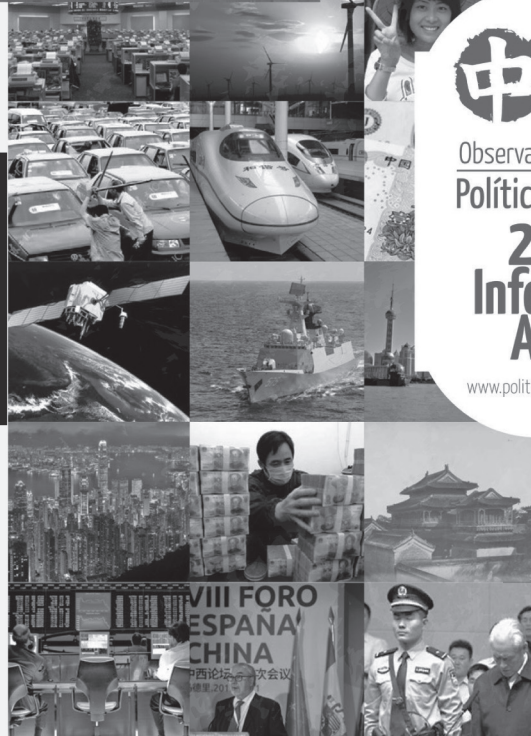
I
GA
DIXXV

TAIWAN 2016 10 CLAVES Y 10 PERSONAJES DE 2015

Accede al informe en este enlace:
<http://bit.ly/informe2016opch>

INFORME ANUAL 2016 DE POLÍTICA CHINA

Accede al informe en este enlace:
<http://bit.ly/clavestaiwan2016>



中国

Observatorio de la
Política China
2016
Informe
Anual

www.politica-china.org

CUANDO HUELE A PODRIDO

La corrupción como cáncer de la democracia

CON LA COLABORACIÓN DE

MANUEL VILLORIA * FERNANDO JIMÉNEZ SÁNCHEZ * ANDRÉS HERZOG
ROBERTO TOSCANO * REBECA GRYNSPAN * CARMEN LÓPEZ ALONSO * ANTONIO ELORZA
ERNESTO PÉREZ ZÚÑIGA * JAIME NICOLÁS * JORGE LOZANO * MIGUEL DE UNAMUNO

FUNDADA POR JAVIER PRADERA / DIRECTOR: FERNANDO SAVATER

2ª ÉPOCA

CLAVES

DE RAZÓN PRÁCTICA

Mayo / Junio 2016
Precio 8€

246



MANUEL VILLORIA + FERNANDO JIMÉNEZ SÁNCHEZ + ANDRÉS HERZOG

CUANDO HUELE A PODRIDO

La corrupción como cáncer de la democracia

POLÍTICA: Roberto Toscano / Rebeca Grynspan / Carmen López Alonso / ENSAYO: Antonio Elorza /
LIBROS: Ernesto Pérez Zúñiga / SEMBLANZAS: Jaime Nicolás / Jorge Lozano / CITAS: Miguel de Unamuno

Dirigida por Fernando Savater.

Suscripciones: 902 101 146

Disponible en:

